



Avatares de los inmigrantes venezolanos desde el lenguaje del cuerpo y emociones

Avatares of the venezuelan immigrants from the body language and emotions

Pedro Pablo Ccopa¹; Armando Diaz Barba²

¹ Universidad Nacional Federico Villarreal, Lima, Perú. Email: pccopaen@gmail.com

² Universidad Nacional Agraria La Molina, Lima, Perú. Email: diazbarba@lamolina.edu.pe

Recepción: 17/02/2020; Aceptación: 15/05/2020

Resumen

El presente trabajo analiza los avatares de la inmigración venezolana al Perú, vistos desde las emociones y el cuerpo. Asumimos que, desde esta perspectiva, es posible apreciar el cuerpo como un elemento muy importante en la creación de una comunidad dentro del duelo de abandonar su país de manera forzada. Lo mismo sucede con las emociones que están presentes antes, durante y después de la partida. En ciertos tramos del trabajo se hace un paralelo entre los migrantes andinos y provincianos que vienen hacia la ciudad de Lima con los inmigrantes venezolanos, para identificar ciertas peculiaridades que tiene la migración en estos tiempos. Las fuentes empleadas para ello son los datos obtenidos de los mismos actores, mediante mecanismos diversos como conversaciones y entrevistas realizadas en este año.

Palabras clave: Inmigración; migración; estructura de acogida; cuerpo; comunidad emocional.

Abstract

This paper analyzes the vicissitudes of Venezuelan immigration to Peru, seen from emotions and the body, from this perspective we can see that the body is very important in creating a community in the duel of leaving the country in a forced way. The same emotions, which is present before, during and after the game. At times there is a parallel between the Andean and provincial migrants who come to the city of Lima with Venezuelan immigrants, to see the peculiarities that migration has in these times. The sources used for this are the data obtained from the same actors, through various mechanisms such as conversations and interviews conducted this year.

Keywords: Immigration; migration; host structure body; emotional community.

Forma de citar el artículo: Ccopa, P.; Diaz, A. 2020. Avatares de los inmigrantes venezolanos desde el lenguaje del cuerpo y emociones. Anales Científicos 81(1):82-98(2020). <http://dx.doi.org/10.21704/ac.v81i1.1573>

DOI: <http://dx.doi.org/10.21704/ac.v81i1.1573>

Autor de correspondencia (*): Armando Diaz Barba. Email: diazbarba@lamolina.edu.pe

© Universidad Nacional Agraria La Molina, Lima, Perú.

1. Introducción

La inmigración es la entrada a un país o región de personas que nacieron o proceden de otro lugar, según la definición más conocida. Este fenómeno generalmente se presenta por motivos de crisis en el lugar de origen y la búsqueda de mejoría en el país de destino. La mayoría de estudios sobre este fenómeno se realizan desde un enfoque estructuralista, es decir, desde el alivio de la pobreza y con la intención de mejorar la calidad de vida. Según este enfoque, la gente decide abandonar su país porque las grandes y persistentes diferencias salariales obstaculizan la movilidad social ascendente. Hay muchas publicaciones de este tipo a nivel global (Andrés-Suarez, 2002).

A diferencia de la perspectiva señalada, esta investigación estudia la migración venezolana desde el mundo subjetivo de los propios actores, específicamente, desde el mundo de las emociones que están en juego en el proceso y las maneras como vive ese proceso el cuerpo de un migrante, materia del que se conoce muy poco.

La hipótesis es: toda migración tiene casi los mismos componentes de emociones como la tristeza, la pena, el dolor, la nostalgia. Lo que varía es la manera de utilizar las teodiceas prácticas, que sirven para aliviar los estragos emocionales que producen la separación y los avatares de salir de un lugar a otro, sin saber el destino que le espera.

El objetivo es analizar los efectos de la migración venezolana a nivel del cuerpo y emociones, procurando un mejor entendimiento del mundo de la migración desde esta perspectiva.

2. Materiales y métodos

A fin de cumplir con el propósito de la pesquisa, se recurrió al uso de información de fuentes primarias y secundarias. Dentro de las fuentes secundarias se han revisado

la bibliografía existente sobre el tema. Y como fuente primaria se utilizó la entrevista a diez hombres y mujeres venezolanos y otras provenientes de conversaciones realizadas en el mes de julio de 2019. Todas grabadas y luego transcritas para su posterior interpretación. Como es de notar, el método empleado proviene de la perspectiva cualitativa de investigación, que busca comprender e interpretar el fenómeno en estudio.

3. Resultados y discusión

A continuación, presentamos y exponemos los datos encontrados en las pesquisas, así como la interpretación de los mismos:

a.- Inmigración y cuerpo

...“Bueno, traje mis dos maletas, ahí traje toda mi vida” (Alberto, 23 años)

Desde fines del 2015, unos 4 millones y medio de venezolanos han huido de su patria, buscando en otros países una mejor calidad de vida. La inestabilidad económica, la devaluación monetaria, el hambre, la crisis alimentaria e inseguridad, entre otros factores, hicieron que ellos abandonaran su país, casi en una especie de diáspora, es decir dispersándose en países como Perú, Ecuador, Colombia, Chile, Brasil, Europa, y EEUU, etc. En el Perú se instalaron más de 800 mil, ingresando al país por la parte norte convirtiéndose en la ola migratoria más importante del siglo XXI. En la actualidad, los venezolanos constituyen la comunidad extranjera más numerosa en nuestro suelo (ACNUR, 2019).

De este hecho tratamos en este artículo. Particularmente, a partir del cuerpo¹, la corporeidad², y de las emociones. Esto es importante, pues los desplazamientos

¹Conjunto de todas las partes materiales que forman un ser vivo.

² Percepción del cuerpo. Cualidad de lo que es corpóreo.

humanos, sea la migración o la inmigración son procesos que se han dado a lo largo de la historia de la humanidad, y todos los países y pueblos los hemos vivido, con mayor o menor intensidad. Por consiguiente, se han estudiado desde distintos enfoques, metodologías y aspectos empíricos, obteniendo resultados enriquecedores. En el proceso migratorio de un individuo de un lugar a otro, este lleva consigo, su cultura, su historia y el equipaje emocional que acompaña toda su existencia humana. “Sin el cuerpo, que le proporciona un rostro, el hombre no existiría. Vivir consiste en reducir continuamente el mundo al cuerpo, a través de los símbolos que esta encarna. La existencia del hombre es corporal” (Le Breton, 2010). Por eso mismo, el cuerpo es un elemento de gran alcance para el análisis de aquello que se quiere aprehender, conocer, de una realidad dada. En nuestro país la mayoría de estudios realizados desde esa perspectiva son aquellos que ya sea que abordan el conflicto armado interno, como cuerpos torturados, violados, humillados, adoloridos; o que son expuestos como objeto de moda y arte, con los tatuajes en la piel de cuerpos jóvenes, objeto de belleza física, gimnasios, fitness, cuerpos intervenidos quirúrgicamente, la salud, la dieta. Pero, también como cuerpos que gozan y disfrutan como objetos de deseo en las fiestas, los bailes y en los espacios pro sexuales, como resultan ser los hostales, en tiempo cada vez más hedonista, etc.

En este artículo, tratamos el cuerpo no solo como cuerpo-objeto, sino en su condición bio-antropo-cultural en situación de inmigración. Es decir, el cuerpo considerado en toda su complejidad: físico, emocional, mental, mágico, trascendental. Cuerpo que, durante el proceso de existencia, desde el nacimiento hasta la muerte, se ha constituido en corporeidad a través de las acciones, los movimientos, las distintas experiencias, percepciones sensoriales, establecimiento

de vínculos emocionales, etc. Es mediante todo este proceso que el cuerpo físico se transforma en corporeidad. Sin corporeidad somos solo cuerpo biológico, físico.

La conceptualización del cuerpo desde esta perspectiva es bastante integral y compleja. Escapa al propósito de este artículo abarcarlo todo, por obvias razones. Por el momento, nos referiremos a la corporeidad como instancia que moviliza; la corporeidad que comunica emociones y personas que viven emociones que al despedirse de sus seres queridos, al salir de su país. A las que sufren en la travesía, desde que salen hasta que llegan al país de destino. Y cuando llega los estragos al que está sometido, sea por que trabajan más de las horas acostumbradas y en condiciones de desventaja y explotación o peor aún si es mujer y joven. Así es como se van generando los tipos de emociones y que a su vez generan formas particulares de interacciones sociales.

La información proporcionada por varones y mujeres migrantes venezolanos/as que permanecen en el país, tanto en conversaciones informales, como en entrevistas más formales y en conversaciones dirigidas, lograron formar un conjunto de conocimientos que reflejan la subjetividad de estos actores. Así, lo que aparece en este escrito no son cuerpos abstractos, despojados de sus características vitales, emocionales, sino en sus vivencias, donde lo instintivo y lo racional se juntan y coexisten. Esto significa que, a contrapelo de la tradición moderna que hace una diferencia entre cuerpo y conciencia, en un dualismo que separa la perspectiva vivida de las significaciones en la cotidianidad de la vida y el viaje a su nuevo destino, aquí lo tomamos en su unidad. Resulta clave el lenguaje. “El sentido lingüístico no puede ser separado de la experiencia, más precisamente, de la experiencia de un sujeto concreto en un mundo concreto” (Battan, 2004,179).

Otros motivos de la inmigración

La mayor parte de la prensa y de analistas políticos presentan a la inmigración venezolana como una salida forzada presionada, principalmente, por factores de carácter político y económico. Una mirada, que desde el cuerpo, nos puede brindar otros resultados interesantes. Dado que cumple la función de vehículo teórico para saber cómo los avatares de la inmigración se expresan en el cuerpo en sus distintos momentos. Señalaremos dos momentos del cuerpo, como una de las causas de abandono del país de origen: el cuerpo en carencia. En esta dimensión, encontramos a su vez, dos tipos de carencia. Una primera, el hambre; este implica carencia de alimentos, por lo que el cuerpo peligra por la desnutrición y enfermedades, sobre todo la sensación terrible de vacío en el estómago al no tener nada que aplaque la necesidad de alimento, que puede ser por horas, por días. Experiencia espantosa que solo lo puede saber quiénes la hayan vivido. La peor señal de la miseria generalizada es la hambruna; es decir, la escasez generalizada de comida en una colectividad. En esta circunstancia el cuerpo es el que más sufre. Y al final, quienes salen de su país por este motivo, lo hacen para proteger el cuerpo de la desnutrición

“Mi salida fue obligada. La situación me obligó a salir de mi país. Lo que me obligó a salir fue el hambre. Duraba tres días sin comer. Y así como yo, hay millones de personas que no comían”...

...“No había comida para todos. Cada vez teníamos menos. Dejar a la familia es difícil, cada vez que hablo con ellos lloro.”

...“Me fui para no morir de hambre. Me fui porque no quiero morir, ver morir a mis hijos allá no podía darles ni un vaso de leche. Si aquí toman un jugo, allá toman agua. Si comían la arepa lo comían solo con manteca. Y si no

se llenaban con la comida, tenían que tomar dos vasos de agua...” (Pedro, 30 años).

Como se ve en los testimonios, el hambre se agudiza “cada vez teníamos menos”, por lo que la salida del país es una estrategia de sobrevivencia, que implica dolor y tristeza. Si bien los testimonios son personales, y en otros familiares indudablemente tienen un contenido colectivo. No trata solo de una salvación individual.

Hay una segunda carencia que obliga a la salida distinta al hambre, aparentemente menos importante, pero en el fondo tan decisiva como ella: la carencia de sociabilidad. Si el hambre apremia en los pobres, la sociabilidad apremia en los sectores sociales mejor favorecidos:

“La situación socialista me hizo salir. Antes vivía bien, pero no tenía distracciones; no podía recrearme ni comprarme unas zapatillas; como joven me frustraba y mis padres no podían darme ese tipo de cosas. Para mí lo que me molestaba era que no podía divertirme como joven, ni salir a comer o al cine con mis amistades” (Carlos, 20 años).

Aquí la relación entre cuerpo y emociones se hace más visible. Es verdad que los venezolanos salieron de su país, por hambre, por fractura en sus estilos de vida, buscando mejoría material, económica; pero, eso no lo explica del todo. Carlos, joven de 20 años, sale por una situación socialista, como nos dice, de un tipo de régimen que controla todo. Que, si bien vivía bien, como joven necesitaba algo más: distraerse, vivir con energía la vida, satisfacer al cuerpo fascinado por un modelo donde el consumismo es mayor que en el régimen que le ha tocado vivir. En sus palabras, hay un cuestionamiento profundo de un modelo que no tiene en cuenta el sentir y vivir de su gente. Y bajo ese paradigma sacrifica al individuo

y su vida, cuando en realidad lo que debe contar es el hombre y mujer en concreto no instrumentalizados, ni cosificados. En este acto, la ideología real que mueve al régimen que se proclama socialista, se materializaba en los hechos concretos, y en las vivencias que genera en la población, la mayoría de las veces no se toma en cuenta.

“En busca de mejor futuro. Fue difícil, pero salí en busca de mis sueños” (Carlos, 20 años).

Como hemos advertido, estos distintos tipos de carencias, donde el cuerpo está presente como elemento de análisis, no son los únicos motivos de salida de un país, como Venezuela, donde el mayor, es el hecho traumático de haber sido en los años 70 del siglo XX uno de los países más ricos y prósperos de América Latina gracias al boom del petróleo, y por ser centro de la migración de muchos ciudadanos latinoamericanos, como no, de los peruanos. Los gobiernos de ese entonces no supieron diversificar su economía, despilfarraron el dinero que había, con graves consecuencias para el país. El caracazo de 1979 se da en estas circunstancias con más de 300 muertos, durante los disturbios de la población de Guarecas.

“Yo, realmente, por crisis económica no salí. Yo salí porque fue mi mamá quien decidió sacarme de ahí. (...) Me escapé.” (Alberto, 23 años).

Emociones en la despedida

La sociología y las ciencias sociales en general, están inmersas en el racionalismo, y, en un positivismo radical, que generalmente en términos metodológicos se expresa en los estudios solo cuantitativos. Es decir, en donde los valores y las emociones propias del mundo social se reducen a cifras numéricas. Por lo que las emociones ocupan en ella, aun, un lugar marginal, residual. Este enfoque obliga a presentar a los inmigrantes

venezolanos como actores sintientes, actores en su dimensión emocional, humana, que nos narran los afectos y sentimientos que sintieron al momento de salir de su país, al despedirse de su familia y amigos. De modo que podamos conocer y comprender el contenido interno de la inmigración. En este caso, la despedida o momento de partida:

“La despedida de mis familiares fue super triste porque en Venezuela somos una comunidad bastante cercana con sus familiares. Entonces el tema de migración no nos había tocado y la vez que nos tocó hacer esta travesía de viajar ha sido bastante fuerte el tema de despedarnos de nuestros familiares” (José Gregorio 30 años.).

“No, no, fue demasiado (la despedida de Venezuela)... todavía estoy sufriendo, todavía, eso... psicológicamente, de todo... es que... sentimentalmente todo, todo, estoy sufriendo por eso” (Mariani, 33 años.)

“Mi madre sufrió más. Mi padre no lloró, pero sabía que sufría por mí, ver que todos sus hijos se iban, no me imagino cuánto habrán sufrido (...) mi pareja también lloró. Teníamos una relación de 3 años. Separarnos fue horrible (la entrevistada disminuye el sonido de su voz, se queda en silencio y pide que le haga otra pregunta” (Dayeins, 23 años).

“Separarnos de nuestros hijos aun es difícil para mi esposa y yo (...) Nuestros hijos aun son pequeños y escucharlos por llamadas no es lo mismo que vernos ahí con ellos” (Lionel, 35 años).

En las narrativas de la experiencia de inmigrar, de abandonar el país que los vio nacer emergen sentimientos de tristeza y dolor de diversos niveles. El hecho, afectivamente, es muy duro. La separación de sus familiares más próximos, como los padres y los hijos, provoca lo que se conoce como un duelo migratorio profundo. Por

eso, cuando narran esta experiencia lo hacen con una profunda tristeza; muchas veces con lágrimas en los ojos, como si el recuerdo de ese momento estuviera incrustado en el cuerpo y el alma de manera tan profunda que las lágrimas sirven para suavizar sus palabras y recuerdos. Dolor de despedida, dolor de ayer que los acompaña hasta el presente.

El dolor es más intenso si la familia es una estructura de acogida relevante, importante en la vida de las personas y de la colectividad, como al parecer sucede en Venezuela. Si a estas formas de interacción familiar, le sumamos, las comodidades que poseían en el lugar de origen, el duelo será mayor

“Demasiado triste. Es difícil alejarse de su familia. Ya que alejarse de ellos es muy difícil. Luego vienen las comodidades de casa, porque sí, es difícil de pasar a tener todo a tener nada” (Louser, 23 años.).

Las experiencias de traslado del cuerpo de un lugar a otro

La experiencia inmigratoria de un país a otro, o migratoria dentro del mismo país, cuando las diferenciaciones sociales son muy grandes, como en la peruana (Ccopa, 2018), es una de las vivencias más desgarradoras para los hombres y mujeres forzados a abandonar sus tierras, sea por el hambre, la libertad, la explotación o para realizar sus sueños en otro contexto más favorable. Abandonar los padres, la familia, los amigos, el lugar de residencia, para comenzar una nueva historia, con un destino incierto es muy doloroso y marca toda la vida. En consecuencia, la tristeza y el dolor de la partida, es compartida por los que se van y los que se quedan. No sabremos, a ciencia cierta, si el dolor es mayor en los que se van o en los que se quedan. Los abrazos y las palabras de despedida con lágrimas que mojan los hombros tratan de atenuarlas, pero

no es suficiente. Necesitan simbolizarse.

Algunas culturas como la andina frente a esta situación crean teodiceas prácticas, que sirven para resarcir el dolor de la separación. El despecho, es una de ellas. Los andinos cuando se despiden, lo hacen mediante sus comidas, su música y bebidas espirituosas. Esto quizá porque desde épocas muy antiguas conocen la experiencia punzante de migrar, de ser trasladado de un lugar a otro, de vivir en regiones que no eran las suyas. En cambio, en culturas y sociedades que no han vivido esa experiencia histórica, no conocen rituales de despedida, salvo lo que el dolor del corazón les dicta en ese momento. Eso es lo que ocurre en la despedida de los migrantes venezolanos.

Cuando los migrantes andinos salen de sus pueblos para trasladarse hacia la capital, traen consigo su quipi³ y su qoqawni⁴ que contienen sus productos alimenticios locales y fiambre con comidas tradicionales para el camino. El venezolano cuando migra, cuenta que trae en el maletín sus prendas de vestir. Los varones sus pantalones y zapatillas, las mujeres sus zapatillas, ropas y su maquillaje. Para ellos es muy importante la presentación y la apariencia corporal. También comida de camino, como las galletas, pan árabe y los conocidos diablitos (embutidos hechos con parte de las ancas del cerdo), que sirven para amortiguar el hambre durante el viaje. Como ya se ha dicho, desde nuestro análisis, la primera sensación corporal de la migración venezolana es el hambre. Luego el cansancio, también impacta el cambio de clima de países como Ecuador y Perú, que es frío. Para aquellas/os que pasan a pie por Colombia y Ecuador hasta llegar al Perú es someter al cuerpo a climas diversos, además del cansancio y la falta de aseo. Cuando llegan a la frontera con el Perú, ingresar a él vía Tumbes es otra odisea que dura

³ Bulto, carga.

⁴ Provisiones

días. Se pueden ver ahí, cuerpos cansados, expuestos a la intemperie, reposando o durmiendo en bancas, en el suelo y hasta en jardines. Son los cuerpos sin techo, que esperan un pase para continuar a su destino. Y cuando han logrado pasar esa peripecia dantesca al llegar a su destino, que puede ser Lima, la nostalgia se instala en su mundo emocional. Las mujeres además de ser cuerpos femeninos están expuestas a miradas machistas, libidinosas. Cuerpos de hombres y mujeres están, expuestos a jornadas laborales desconocidas hasta ese entonces, es decir tienen que acostumbrarse a laborar más de 10 horas. Esta experiencia variará de acuerdo a las olas de migrantes. Por el contrario, la experiencia de jornadas laborales largas en los migrantes andinos no los mortifica tanto, por cuanto el trabajo, la laboriosidad son parte de su tradición; es parte del capital cultural, con el que vienen a la ciudad.

Ambos grupos de migrantes traen sus sueños y su cultura al lugar de destino, en este caso Lima. Los venezolanos nos dicen “traje todo, mis costumbres, mi cultura. Todo” Es decir trajeron sus historias, su pasado, vivos y muertos. Yonneiken, joven venezolana de 21 años nos dice traje *“ropa y budare para mis arepas, jaja, y muchas ganas de salir adelante”*. El budare es una plancha circular de hierro fundido o arcilla, usada para cocer o tostar alimentos, como la arepa, cachapas, mañoco o granos como el café. Su uso es frecuente en Venezuela. Cuando ella nos dice que trae al Perú un instrumento de cocina tradicional de Venezuela, figurativamente nos puede estar diciendo dos cosas: continuar con la costumbre culinaria de degustar todo el día sus arepas y no perder contacto con su pasado, su cultura a través de un elemento central de la culinaria de su país. Es decir, el gusto actuando como un intermediario. “Un intermediario (...) es lo que transporta significado o fuerza sin transformación” mientras que “los mediadores transforman,

traducen, distorsionan y modifican el significado o los elementos que se supone que debe transportar” (Latour, 2008). Estas nociones que utiliza Latour en su sociología nos resultan útiles. El budare en manos de una inmigrante como Yonneiken se convierte en un intermediario, un instrumento frío que sirve para preparar la arepa y otros productos alimenticios típicos venezolanos; en un mediador, en un instrumento vivo que la acompaña en su nostalgia y también en el trabajo de vendedora de arepas en la ciudad, en apalabrador de una realidad que le es dura, adversa, lejos de la familia, de los padres, de los hijos, perdiéndose las celebraciones del día de la madre, del padre, los cumpleaños, las navidades, etc.

“Cuando conseguí el pasaje sentí un gran alivio, pero despedirme de mi madre fue doloroso. Cuando me dijo “hijo cuidate mucho” se me partió el alma. Quería quedarme pero ya estaba decidido. No iba a tirar todo. Quería ayudar a mi familia” (Carlos, 28 años)

Carlos cuenta que su abuela le dio la bendición llorando. La calmó. Aparentaba no mostrar tristeza. En el terminal del bus se despidió de su madre con un beso y un hasta luego. Mientras miraba que su madre se quedaba ahí, mientras el bus comenzó a avanzar, su corazón se destruía. Cuando partió el bus, junto a su primo, se desmoronó, y comenzó a llorar. Y hoy que nos cuenta esa experiencia, no puede contener las lágrimas.

Las olas

Toda inmigración o migración, o sea, todo traslado de las personas de un lugar a otro tiene oleadas, es decir ciclos de salidas. Los primeros migrantes andinos, bajaron desde los andes a pie y a caballo hacia la costa para llegar hacia la ciudad de Lima. Camino que duraba muchos días. La segunda ola de migrantes tuvo mejor suerte. Ya no caminaron hacia la costa, sino hacia los lugares o

pueblos serranos donde pasaban los primeros carros interprovinciales o camiones de carga que los pudieran trasladar hacia su destino de viaje. Los últimos migrantes andinos y provincianos ya no sufren estos avatares. Ahora la interconectividad vial es mayor que antes. Los ómnibus interprovinciales llegan a los pueblos más apartados del país, en fechas señaladas y los que desean viajar ya lo hacen desde las agencias de su propio pueblo. Por ejemplo, los migrantes andinos de Apurímac y Ayacucho, de los años 30 bajaban hacia el puerto de Lomas (Arequipa) pasando por Nazca, para abordar el vapor que los traerá hacia el Callao⁵. Esa experiencia esta transformada en un huayno tradicional. Maldito vapor brillante.

“Yo me fui en avión a Colombia, y, como mis amigos también estaban, ellos si tenían bajos recursos, no me iba a venir solo, entonces me vine con ellos. Vine ayudando a uno monetariamente, como no tenía mucho y además yo le dije que salieran.” (Alberto, 23 años).

En cambio, los primeros migrantes venezolano llegaron a esta tierra en avión, hace 4 o 5 años atrás (2014-15). Eran los que tenían mejores posibilidades económicas. En su país, poseían bienes que vender para costear su viaje. Cuenta un entrevistado venezolano que, para salir de su país, huyendo de la pobreza e inseguridad que comenzaba a crecer, tuvo que vender su camión y coche. Con el producto de la venta pudo comprar un pasaje en avión. Dejo su esposa e hijos como cuota de sacrificio. Aquí pudo conseguir un empleo formal, y remesa mensualmente para el sostenimiento de ellos en Venezuela, de eso hace aproximadamente 4 años. Luego vendrá una segunda Ola de

migrantes, que podían comprar sus boletos y venirse en ómnibus desde el terminal. El viaje dura pocos días en cruzar las fronteras de Colombia y Ecuador para llegar al Perú. Una tercera ola será los de menor recursos, son los que cruzan las fronteras de los países caminando, caminando, con bultos en manos e hijos pequeños a cuesta, pasando miles de peripecias. El cuerpo de ellos son los más maltratados por el hambre, el cansancio y muchas veces robos de sus cosas al llegar a pueblos ajenos, a parte de las coimas que tienen que pagar para que les facilite cruzar las fronteras. Cuerpos extenuados, pero siguieron para adelante, haciendo escala noche y día, pasando hambre, y como dice la canción *Me Fui*, “corriendo al trote, comiendo un poquito, hablando poco y llorando bajito”⁶

“Para comprar el pasaje en mi país fue toda una odisea, tuve que dormir dos días en la calle. Logre comprarlo y salí en la tarde hasta la frontera (doce horas) de Colombia. En ese entonces aun había dinero para comprar pasajes y pasas de país en país. Ahora la gente pasa caminando. No hay dinero. Para pasar la frontera de Colombia fue un mar de gente, indescriptible. Muchos venezolanos saliendo del país. Pase de Venezuela a Colombia luego a Ecuador hasta que llegue a Perú en 7 días a próximamente.” (Carlos, 28 años)

La triste en la despedida, pero también mucha tristeza en sus compatriotas. “Todo el viaje fue tristeza y confusión. Percibía a las personas muy pensativas, algunos lloraban.” “Yo llore. Dejas tu país en esas condiciones y sales prácticamente obligado. Con las cosas que vendí en Venezuela, logré comprar galletas, tostones (chifles) para calmar el hambre. “

⁵ Maldito vapor brillante, es una canción ayacuchana que habla de los viajeros de los años 30 del siglo pasado que salían de Puquio a Lomas y de Lomas al Callao, dejando los amores atrás. Hay muchas versiones en youtube, uno de ellos es la cantada por Edwin Montoya <https://www.youtube.com/watch?v=i1MhR4Q-RA0&t=79s>

⁶ Me fui, canción de inmigrantes venezolanos. En youtube <https://www.youtube.com/watch?v=jIG0nutvmaIhttps://www.youtube.com/watch?v=jIG0nutvmaI>

En estas circunstancias, se comienza a tejer el sentimiento de solidaridad entre ellos. Y algo más importante, las emociones y el cuerpo van a jugar un papel muy importante. Por lo que esos elementos deben de tomarse en cuenta en las inmigraciones y migraciones. Nos explicamos.

La condición humana es corporal. El cuerpo en la modernidad es un cuerpo individualizado. El cuerpo en la sociedad tradicional forma parte de una comunidad, de una colectividad. En la modernidad el cuerpo es exclusivo y excluyente. Individualmente autónomo. Una ruptura con la colectividad y la solidaridad. En la sociedad tradicional es inclusivo y comunitario. Forma parte de un cosmos, al que está relacionado, conectado de manera holística. Forma parte de un todo. De una colectividad con el que establece múltiples relaciones. Importa la conexión que establece con el cosmos, la naturaleza, etc.

La inmigración venezolana no solo ha reestructurado una forma de vida grata, agradable en el que han podido estar, sino también una estructura muy individualizada, propias de una sociedad moderna. Si bien la familia, es un núcleo importante en la vida de ellos, eso no significa que el individualismo no se haya desarrollado al igual que en todo sistema capitalista. En el individualismo occidental, el cuerpo es una frontera que delimita y distingue. En la inmigración masiva, de salida en masa de gentes que se ven juntas en salida forzada, hay una primera experiencia particularmente interesante. Es el primer acto cuestionador del individualismo. La figura de un conjunto de cuerpos caminando juntos hacia la libertad entremezclados, confundidos unos con otros, es la primera señal del rebrote de un sentimiento de comunidad, más allá de las individualidades, de miembros apenas diferenciados. Este pasaje de un tipo de vínculo social a otro, reflejado en un cuerpo individualizado hacia uno colectivo, no es

un proceso sencillo. En la narrativa de las pérdidas, de los robos de sus pertenencias en el camino, de sus sufrimientos en el camino, se nota una especie de pago, de tributo, a ese individualismo que los acompañó toda su vida antes de la experiencia de salir forzadamente de su país. Igualmente, el compartir en el camino, de lo poco que tenía, es el primer pago, el primer tributo, a la solidaridad, a la dimensión comunitaria del cuerpo.

Este paso lo viven más, los llamados caminantes de la frontera, aquellos que han salido caminando del país, que aquellos que han salido en avión. Aquellos que salieron en avión no han sufrido las penurias de aquellos que salen a pie. No sufrieron las inclemencias del tiempo, las necesidades de protección, ni hambre en el camino. Los que salen por vía terrestre o a pie son los menos pudientes, los más pobres. Ellos son que han vivido ese paso del cuerpo individualizado a un cuerpo comunitario colectivo durante el viaje por las carreteras. Generalmente comerciantes, negociantes, que contaban con recursos, los más propensos al individualismo, al pensar egoísta, por estar orientado su ocupación a la obtención de ganancias, cada vez más creciente.

La figura de la diáspora y comunidad es paradójica. La diáspora es dispersión, la comunidad es encuentro. Pero hay otro elemento que no se ha tomado en cuenta. Lo que los une es sentirse venezolanos, es decir, saber que hay algo en común que comparten todo ellos: que han salido de su país en busca de un sueño, de una mejor situación para ellos y su familia. Por eso el uso de sus gorras, polos y vestimentas con los colores patrios. De ahí la venta de sus comidas tradicionales en las calles de la ciudad, como la arepa. Cuando trabajan como vendedores de productos y suben a los medios de transporte público a ofrecerlos, dicen que lo hacen, porque no tienen un trabajo estable, lo hacen para mantenerse en

un país que los ha acogido, y para ayudar a su familia, que sobreviven en Venezuela, con un salario mínimo paupérrimo. En este hecho tan sencillo vemos como se acentúan algunas representaciones, valores, donde el cuerpo de uno, y el cuerpo de los suyos están presentes.

Esto no significa que el sentimiento de formar parte de un colectivo generalizado se exprese en la participación masiva en una asociación de venezolanos. Puede darse, pero es mínima. Hay varias razones para ello. Una, las horas que tienen que trabajar para poder sobrevivir en la ciudad; generalmente de 10 horas diarias. Donde el cuerpo es el elemento más expuesto y más cansado, por lo que necesita reposo. Así quisieran participar en una asociación no podrían, por la falta de tiempo. A lo mas que pueden hacer para relajarse los fines de semana, es salir en grupo a comer o algunas fiestas. El otro elemento, es la tradición. No están habituados a ello. En cambio, los migrantes andinos, por las mismas características de su cultura organizativa tienden más a la asociatividad. Es una manera de subsistir mejor en una sociedad tan agresiva como la limeña. Pero sobre todo una forma de pertenencia y mecanismo de conservación de sus tradiciones sociales y culturales provincianas en la capital.

Cuando un migrante andino sube a los medios de transporte público a ofrecer sus productos como vendedor ambulante, el discurso que emplea para la venta es distinta al vendedor ambulante venezolano. Sus discursos son más individualizados. El del venezolano es mas colectivo, familiar. No porque el sentido colectivo en los andinos sea menor, sino porque se encuentran en su patria, y todos trabajando en las ocupaciones más sencillas, como en las más calificadas.

“El recorrido fue bastante triste, te cuento que yo había visitado por cuestiones laborales varios países de Latinoamérica pero en avión, una vez que me toco migrar acá por tierra fue devastador, primero

verme por tierra haciendo ese recorrido acompañado de un sinfín de venezolanos que al igual que yo estaba renunciando a su sueño para empezar de cero, eso ha sido uno de los procesos más tristes y difíciles que ha correspondido en el proceso de migración” (José Gregorio 30 años.)

b.- Nostalgias. Comida, familia y Sociabilidad

“Extraño todo. Extraño todo lo que me recuerda mi tierra pues cada vez que escucha algo referido a ella me da nostalgia. Recordar todo eso me puede provocar depresión momentánea”.

“En si extraño todo de mi país. Mi mama, mi familia y amigos. Las creencias de mama Julia, de la abuela”.

Cuando a los inmigrantes venezolanos que han llegado a la ciudad de Lima, se les pregunta, que es lo que más extrañan de su país, lo primero que responden es, la familia. Después los lugares donde andaba, corrían, paseaban. Las comodidades en la que vivían. Sus costumbres. Su lengua, sus modos de hablar, sus jergas, las palabras de uso cotidiano y familiar (expresiones como nagueará, de uso común que significa asombro sea para cosa buena o mala), la forma como usan el lenguaje en su país. Y por supuesto, su cocina, su comida, las arepas que es parte de su cotidianidad, sobre todo en el desayuno, las empanadas, la cachapa, el pabellón criollo hecho de carne mechada, carotas negras (frijoles) tajadas y queso blanco. Si bien en la actualidad, ellos pueden preparar en casa estos platos de comida, extrañan el toquecito especial que no lo encuentran. Aunque hay una gran mayoría que señalan que no extrañan tanto su comida porque la comida de ellos es muy sencilla, y de poca variedad en comparación con la peruana, que tienen una infinidad de comidas, una más ricas que otras. En

realidad, aquí el inmigrante venezolano lo que extraña es la estructura de acogida que existe en una colectividad.

Antes de abordar las estructuras de acogida, específicamente el de la familia, hay que hacer referencia a la función social de la cocina. Vamos hacer una comparación entre dos culturas. Cuando se le pregunta a los migrantes andinos sobre su cocina, ninguno nos habla de haber pasado hambre. Ninguno. Quizá por eso mismo ellos extrañan mucho su comida y la comida será una estructura de acogida para ellos y los que guste de su cocina en la ciudad, como se señala en el libro *La cocina de acogida* (Ccopa, 2018). Se extraña lo que se ha tenido y perdido. En cambio, aquellos que han pasado hambre, hambre profunda, ¿qué pueden extrañar? *“extraño la comida en el sentido de... por lo menos cuando teníamos la posibilidad de una mejor calidad de vida Si, pero ya después que pasábamos mucha hambre, no. Porque... por lo menos éramos tres. Mi hijo y yo. Muchas veces nos acostábamos sin comer... mi hijo vomitaba porque no tenía nada para darle. Comíamos y bueno lo poco que conseguíamos, a veces teníamos un kilo o medio de harina, y, no comíamos nosotros (los padres) se lo dábamos a nuestro hijo, porque él iba a clases. Nosotros tomábamos agua. Se pierde lo de extrañar la comida”* (María, 44 años, venezolana).

Es decir, hay varios motivos por el que una gran parte de ese contingente migrante de Venezuela no extraña su comida. El primero, porque en Lima encuentran muy buena comida además de muy variada, de modo que pueden comer todos los días algo distinto. Igualmente, porque la comida venezolana se ha trasladado a todas partes de la ciudad, sobre todo en los sectores populares. Y el otro motivo, es porque no han tenido qué comer. Esa sería las razones que explicarían el no extrañar la comida del país de origen. Por otro lado, aceptando que no extrañan la comida por las razones

señaladas, de todas maneras será parte de la nostalgia llanera, hay notorio sentimiento de tristeza por la comida familiar, la mesa de la familia, pero que trasciende la pura comida, porque es la expresión de los afectos que ella enciende.

Extrañan de su comida, la cachapa, torta de auyama, sopas criollas, dulce de mango. O cualquier comida que prepara la familia, la abuela. El pabellón criollo, preparado por la madre. Recuerda el olor del pabellón. Plato simple cuyos ingredientes tiene caraotas negras (frejoles negros) arroz, huevo, plátanos fritos, carne mechada

Otro plato es, asado negro. Es carnicita con aderezo, plátano y arroz. Las bombas, las empanadas venezolanas, el patacón, el chivo en coco, por supuesto la arepa pelada, bollitos de chivos, pelones, como también sienten la ausencia del ají dulce y muchos otros productos más.

En el almuerzo, las caraotas con arroz o con pasta, tajadas en todos los almuerzos. Un almuerzo sin tajada no es nada (tajadas es plátano frito) pan con café, y de cena obligada arepa. También en desayuno la arepa. Todos los días arepa. Raro es desayunar otra cosa.

La familia

“Esencialmente mi familia, mi familia, mi mama, mis amigos, mis lugares, mis espacios he mi cultura, mis tradiciones, mi casa, mi hogar, mi todo, o sea yo creo que de manera jerárquica lo encabezaría mi mama quien sigue en Venezuela y en segundo lugar está todo lo demás, que son la familia, los afectos, los lugares, todo lo que te mencione antes (José Gregorio, 30 años.).

“Mis hijos es lo que más extraño. Dejarlos pequeños aun, me sigue doliendo, pero ya los irse trayendo a cada uno (...) Mi esposa extraña a su madre. A veces llora (Lionel, 35 años).

Duch (2012) señala que el ser humano necesita de acogida y reconocimiento de carácter efectivo y afectivo para que pueda constituir una identidad que en cada momento se va reestructurando... Solo mediante ella el ser humano puede constituirse como tal y formar parte de una comunidad. Es mediante los vínculos que establecemos como ser. Cuando nacemos somos arrojados al mundo, desorientados, sin punto de referencia, sin palabra, sin comunicación. Solo mediante las estructuras de acogidas de cada sociedad que podemos lograr el desarrollo armonioso y sensato en todas las etapas de nuestra vida.

La familia es una de las estructuras más importante en la vida de las personas. Nos hace al mismo tiempo que lo hacemos. Nos brinda seguridad, cobijo, nos inserta en el mundo, nos sostiene en ella. Acompaña permanentemente nuestro desarrollo, nuestras caídas, derrotas y triunfos. Como ser no fijados, no programados, estamos sujetos a vicisitudes de la vida. Es ahí donde ella aparece para cobijarnos. La familia es importante en todas las sociedades, en unas más que en otras. Y su importancia se mide con la frecuencia con que se reúnen. Una de estas reuniones importantes es la que se dan los domingos y feriados ya sean en alguna vivienda, en la playa o en el campo.

Lo más doloroso del éxodo venezolano es la separación de la familia. Unos se quedan otros se van. Los padres en Venezuela, un hijo en Colombia, otro en Chile, otro en Perú. O bien la esposa y el hijo en Venezuela y el esposo en cualquier otro país fronterizo. La migración ha roto vínculos familiares firmes. Familias unidas desde siempre, hoy separadas. Sobre todo, en sociedades donde ella era el núcleo central y a su alrededor giraba la vida de las personas.

Pero, no solo la inmigración o la migración rompen los vínculos familiares. No solo un sistema político quiebra el núcleo familiar sino también un tipo de régimen económico, como el neoliberalismo, donde lo que

gobierna todo es el mercado. En el Perú los vínculos familiares se han quebrado poco a poco, al establecerse la economía neoliberal y traer con ella una forma, un estilo de vida. La economía no es solo producción y circulación de bienes sino también construcción, apropiación y expansión de significados en torno a las categorías centrales de la vida que propugna. El neoliberalismo y su prédica de desarrollo, éxito, felicidad material, adquisición de bienes, ha roto con los derechos laborales de los trabajadores, con los momentos libres y desarrollo de una cultura solidaria. Prácticamente la jornada de las 8 horas se ha desvanecido en las empresas extranjeras, como los grandes supermercados o las tiendas por departamento, donde generalmente los jóvenes laboran todos los días, de las 10 am hasta las 10 de la noche, al igual que en el comercio informal. Incluido sábados, domingo y feriados. Ha impuesto un estilo de vida, internalizado por los más jóvenes, de que lo más importante es el éxito y adquirir cosas y más cosas. Y eso se logra trabajando y trabajando todo el tiempo que se pueda. Cuando en realidad el trabajo es un medio para lograr el desarrollo armonioso de las personas y no un fin en sí mismo. Con ese horario y ese régimen laboral, ya no hay oportunidad de reunirse en una misma mesa padres e hijos. Porque los padres trabajan todos los días desde tempranas horas hasta muy tarde, y los hijos estudian y trabajan, todos los días. Y cuando llegan a la casa están tan cansados que no hay más tiempo que para cenar y dormir. En sociedades donde impera el neoliberalismo la forma de vida se ha visto afectada, ha quebrado la familia, el núcleo de la sociedad. En países de Sudamérica que no han caído en la vorágine de este sistema, las horas de descanso laboral son importantes. Hay un horario de trabajo que se respeta, así como los momentos, las horas y los días de descanso. Los domingos las tiendas están cerradas, por descanso de los trabajadores. Y los que están abiertas,

como restaurantes, las mesas están ocupadas por familias que comparten sus momentos libres de esa manera. Ahí los trabajadores reciben un pago doble por esta jornada. Las 8 de la noche se cierra todas las tiendas de comercio, salvo alguna de atención al público visitante. Las horas libres que tienen las personas se emplean en actividades recreativas, de formación, de relax personal y familiar. Avanza la cultura material a la par que la cultura espiritual. En el neoliberalismo, se desarrolla la cultura material y se deteriora la cultura espiritual. Sería interesante medir el grado de anomia y conductas sociales desviadas que se producen en cada país, tomando como variable el modelo de régimen económico que tienen, y ver sus bondades o maldades para el espíritu humano. Sospechamos que en los países donde la familia se ha quebrado los índices de delitos son mayores que en los países donde la familia es aún un núcleo de acogida importante. Si se rompe el gran espacio de reconocimiento y de compartir momentos que tejan sentimientos de pertenencia entre los integrantes de la familia, quedaran otros espacios no necesariamente positivos que cumplan esa función, básica para el ser humano.

Cambios en las formas de vida

El sociólogo estadounidense Scott Lash, señala que una forma de vida es un “modo de vida”, una manera de hacer las cosas. De tal modo que una cultura es una manera de hacer cosas (Lash, 2005. 39). De acuerdo al mismo autor, las formas de vida incluyen por una parte las naturales o biológicas y por otra las sociales o culturales. En un primer momento, la forma de vida tuvo una connotación organicista, en tanto la sociedad era vista como un organismo. Forma de reafirmación de la tradición positivista. En la actualidad las formas de vida son intrínsecamente antipositivista. Esto significa que la vida no se ve desde una consideración orgánica, sino vitalista, fenomenológica. Se va produciendo

un salto interesante del cartesianismo descarnado, que ignora el cuerpo, a la vida del cuerpo. Del tiempo mecánico newtoniano al tiempo de la experiencia, de la cognición a la percepción. De modo que conocemos las cosas desde las vivencias, desde nuestra situación en el mundo. Es desde esta situación que damos sentidos al mundo, a la realidad.

Pasar de ser un país rico a país pobre, con ello todos los males de un país pobre; el dinero no alcanza para lo más elemental, por su constante devaluación, aumenta la inseguridad y la delincuencia que todos lo sufren día a día. Estos hechos y otros han cambiado drásticamente el modo de existencia de los venezolanos. En la época de prosperidad en un hogar venezolano solo trabajaba el padre, la madre se dedicaba a la casa, y los hijos al estudio. Este cambio radical tiene implicancias no solo materiales y económicas sino también en la subjetividad e intersubjetividad de los ciudadanos manifestándose en el cuerpo o mediante el cuerpo, en las emociones y sentimientos. Cuando los jóvenes recuerdan su país de origen y sus vidas antes de inmigrar, hablan de las cosas que extrañan, del clima agradable de su país, de su sol permanente, pues en la ciudad de Lima el frío arcecia inclemente en invierno. Del café que la madre preparaba. Las parrillas que hacían los domingos, *La costumbre de mi madre de decirnos “buenos días hijo, dios te bendiga”*.

Carlos, joven de 19 años, antes de migrar a lo único a que se dedicaba era a estudiar, para obtener un título profesional y posteriormente trabajar. Esa era lo que hacía y en torno a eso giraba su proyecto de vida. Nunca pensó que tendría que trabajar como trabaja en el Perú para poder sobrevivir él y apoyar a su familia que aún se encuentra en Venezuela

“Vivir en Lima, es agotador. Cambia tu perspectiva que tenías de progreso. Por ejemplo, mi caso en Venezuela solo era preocuparme por estudiar y ser un

profesional. Aquí tengo que tratar de obtener la mayor cantidad de dinero necesario para vivir y hacer sobrevivir a mis familiares en Venezuela (Juan Carlos, 19 años).

Dayeins, joven venezolano de 23 años, cuenta que en su país, tenía todas las comodidades que tiene un joven de clase media. En cambio, en la actualidad vive en un cuarto pequeño donde duermen 6 personas, donde nadie se conocía. Veamos lo que nos dice:

“Dejar a mis padres me deprimió los primeros meses que estuve en Los Olivos (...) un cuarto pequeño, dormíamos 6 personas, a ninguno conocía, se me hacía difícil bañarme porque no tenía privacidad. Extrañaba mi espacio, mi habitación” (Dayeins, 23 años).

En esta situación adversa, los inmigrantes tienen que resignificar las cosas frente a los cuales se encuentran. Aprender a dotar de sentidos al mundo nuevo en que se encuentran, y todo eso tiene lugar en el mundo de la alteridad cultural, en sujetos que tienen vida y es entendido como vida. Tal vez podrían vivir sin contar con aquellos que antes contaban. Pero en una cultura global de la información, en una forma tecnológica de vida, donde el hombre se encuentra en condición de interfaz orgánico-tecnológico, no podrían funcionar sin teléfono móvil inalámbrico, sin su laptop, etc. En aquellos que nos narra la vida es más terrenal, aun no se eleva en el aire.

“Difícil, aun no me acostumbro” (Johana, 38 años)

En el plano de las costumbres, los cambios también son drásticos. En su país la vida es más apacible, aquí en Lima todos viven apresurados, apurándose, y empujando, desconfiando y discriminándose unos de otros. Con costumbres distintas inclusive en las formas de hablar y utilizar las jergas. En estas circunstancias lo que más

extrañan de su familia son los momentos de estar juntos, como las navidades. En el Perú es muy distinta la celebración, muy americanizada, así como el cumpleaños cantando el *happy verday to yuo*. La navidad muy norteamericanizada, comiendo pavo, panteón y chocolate, en pleno verano. En cambio ellos para las navidades preparan comida propia.

Lo que más extraño son las navidades. Ya que acá son muy distintas.

La mesa venezolana, en navidad, generalmente está llena de colorido y sabor. El plato principal es la llamada Hallaca venezolana, vestida de hojas de plátanos, harina de maíz que cubre un guiso que incluye, pan relleno de jamón, tocineta, pasas y aceituna, ensaladas de gallina, el perrito de cochino. También se sirve jamón planchado, ensaladas dulces. Es un ambiente festivo, donde se intercambian regalos.

Cambio ocupacional

De todos los cambios en la forma de vida, el cambio ocupacional quizá sea el más traumático, tanto corporal como psicológico. Esto desde nuestro punto de vista, pero no resulta así, para ellos. Veamos:

“En Venezuela tenía tres negocios. No trabajaba para otros, sino que tenía negocio propio. Talleres de frenos de carro, venta de repuestos y montarles los repuestos a los carros. Los tres eran iguales solo que en distintas zonas” (23 s/n. Ingeniero en mantenimiento industrial).

Nuestro informante, hoy trabaja como promotor de ventas en la casa comercial Isole. En Venezuela tenía negocios, empresa propia. Entró a trabajar ahí a través de un venezolano que se casó con una peruana allá en su país, que ahora se encuentra en Perú con toda la familia. Viven en Comas, por El Retablo. Vive en un mini departamento con su mejor amiga que se conocen desde

Venezuela y su enamorado. Vivimos los tres.

Las historias son similares de muchos venezolanos que en su país trabajaban en su profesión y aquí lo hacen en las labores más sencillas y las menos calificadas. De abogado a ambulante, de médico a vendedor de arepas, de comandante de la guardia nacional a vendedor de frutas, de chef a vender en los carros, de psicóloga a mesera, etc. Muchos con cargos de gerencia que hoy en Perú venden limonadas o tizana o se dedican a la venta ambulatoria subiendo a los buses. El travestismo laboral forzado, al llegar a otro, país huyendo de la pobreza, el hambre y la inseguridad, forma una larga lista. Implican un mundo de sentimientos relacionados a la frustración en trabajar en tareas humildes siendo profesional, que quizá pueda reducirse a la frustración, aunque esta categoría no es suficiente para describirlo. Al lado de ellos, otro grupo que no tienen la profesión de los otros compatriotas pero que el tener que abandonar su país, el éxodo, los ha unido, los ha homogenizado para bien y para mal. En algunos casos expresan sentimientos de dolor de frustración, de resignación, en lo personal, pero en lo colectivo sienten ser parte de una comunidad, un nosotros, con un ellos (los peruanos) fronterizos. De ahí el uso orgulloso de los colores de su patria en sus gorros e indumentarias que exhiben diariamente por calles durante sus trabajos.

“Aquí mi vida en Perú es diferente total de la vida que llevaba. No me acostumbro y por eso aquí, yo me paro en la mañana. Como tu vez todo el día. Uno trabaja hasta la noche. Y esa es mi vida diaria” (Yerson, 24 años).

“Mi diario vivir como migrante es sumamente difícil porque todos los días hay que reinventarse, todos los días hay que empezar de cero, porque es un país cuyo ritmo laboral es muy fuerte. (...) Ser migrante el Perú es lo más duro que le puede pasar a un ser humano, te lo digo con toda honestidad del mundo, porque

es un país de pocas oportunidades, es una sociedad cerrada y difícil. No hay estabilidad laboral económica”

La mayoría de inmigrantes venezolanos son jóvenes y trabajan más de 60 horas semanales, esto según el Instituto Nacional de Estadística e Información (INEI, 2018). 9 de cada 10 se encuentran trabajando. Mas exactamente, según la encuesta, el 93.5% de la población venezolana en edad de trabajar residente en el Perú tiene empleo y un 6.5% se encuentra desocupada, La mayoría en actividades comerciales, y con un salario mínimo, sin un contratado de trabajo de por medio

Dejaron todo por algo. Dejaron sus comodidades y todo lo que fueron, para ser; para tomar su destino en sus manos. En los jóvenes y adultos que salieron a trabajar en tierras extrañas hay un mandato moral internalizado, que los impulsa a seguir para adelante sin volver la mirada atrás, pase lo que pase, y ese mandato moral es para con los padres y familiares que quedaron en Venezuela. Cumplir ese mandato implica muchas cosas. Significa, sobre todo, sacrificio. El sacrificio simboliza privación de cosas al que antes estuvo acostumbrado, todo con el propósito de enviar ayuda a sus familiares, en la forma de remesa. Enviar remesa implica ahorro. Y ahorro implica abnegación. Por ejemplo, un trabajador o trabajadora dependiente, gana 30 o 40 soles diarios. De esa cantidad, una persona sola emplea 10 soles en la alimentación. 2 soles en el desayuno de carretilla, un vaso de avena, quinua o maca, y un pan, un solo pan. En el almuerzo gasta 5 soles en prepararse un caldo de sopa humilde, y otro 3 cenar algo. Es decir, se priva de una alimentación a lo peruano, comer arto carbohidrato. Separa otra parte del total, para pagar la renta de la habitación, otro tanto para la remesa para la familia. Sin descuidar por supuesto las salidas ocasionales y la presentación.

En este cambio del modo de vida, como

vemos, el cuerpo y el alma son los más afectados. El cuerpo, está expuesto a la explotación, expuesto a una realidad geográfica y social bastante agresiva en términos laborales, a horas largas de trabajo. Quizá el dolor del alma sea lo más invisible, lo más difícil que pueda transmitirse, en tanto el daño no es físico ni palpable. Son heridas que no se ven, pero se reflejan en la disposición frente a la vida y el futuro. Esto puede explotar si el entorno es desfavorable. Al parecer lo es, pero hay algo interno que lo mengua, es lo que hemos señalado antes como mandato moral con la familia. Este es lo más fuerte que hace que el inmigrante venezolano no se tumbe, ni recule ante las adversidades y los avatares del cuerpo y el alma.

“Trabajé más de 12 horas durante 7 días y me dio 50 soles disque porque no tenía papeles. Mira, por más que le rogué que necesitaba dinero finalmente se hizo la loca. Hasta se chalaqueaba (burlaba). Pero conocí a otras personas que si son muy buena gente”

Esto sin tomar en cuenta la creciente xenofobia.

“Algunos nos gritan “Váyanse ratas” fue feo escuchar eso, pero no todos somos como ese señor piensa. Ahora trabajo como chofer de camión que entrega pedidos”.(Javier García, 59 años)

c. Cuerpo femenino venezolana acosado

Dentro de todos los cuerpos inmigrantes, el cuerpo más vulnerable es el cuerpo femenino venezolano, que merece otro trabajo. En esta ocasión solo para dar algunas ideas. Lo que es su virtud, es decir su belleza (desde una mirada occidental), es la causa de abuso, del acoso, de las propuestas indecentes. Para ellas es algo muy normal, ser abierta y libre en su trato, así como mostrar su cuerpo, su porte simétrico, y embellecerse permanentemente. Y esto muchas veces es visto ya sea con

poco aprecio, cierto grado de envidia, y porque no, con marcada libidinosidad, por ciertos sectores de peruanos y peruanas, demostrando que aún siguen atados a una cultura hartamente conservadora, reprimida, además de falocéntrica.

“No generalizo, pero por comentario de peruanos, la ven como putas. La mujer venezolana en el ámbito físico, corporal, su forma de vestir es diferente a la peruana, su ropa es más escotada porque la mayoría vienen de estados calurosos y usan ropas cortas. La mujer venezolana se maquilla mucho, más que las peruanas por cuestiones culturales, porque allá en Venezuela, maquillarse, arreglarse es muy importante. Es algo cultural, pero en el Perú es mal visto (Carlos, 30 años, Aragua).

Parte pendiente de este trabajo es tratar sobre los cuerpos explotados de la mujer venezolana por la prostitución, práctica que es algo latente en ciertas personas que buscan vivir bien, proponiéndose metas rápidas, pero no todas las que pasan necesidades apremios, optan u optarán por prostituirse.

Una recomendación de este trabajo es desarrollar el tema mencionado líneas arriba de una manera más extensa.

4. Conclusiones

Los resultados encontrados en esta investigación, son una invitación a seguir ahondando en el tema. La entrada realizada a la inmigración desde un enfoque cualitativo y viendo el mundo de las emociones y la corporeidad, nos ha permitido encontrar una zona de relevancia académica.

No es opuesta a los estudios realizados desde la perspectiva cuantitativa o estadística. Sino que los complementa en unos casos, en otros casos permite elaborar hipótesis de partida para futuros estudios.

6. Literatura citada

- ACNUR [Agencia de la ONU para los Refugiados]. 2019. Refugiados y migrantes de Venezuela supera los cuatro millones. Panamá.
- Andres-Suarez & otros. 2002. La inmigración en la literatura española contemporánea. Verbum. Madrid
- Battan, A. 2004. Hacia una fenomenología de corporeidad. M. Merleau-Ponty y el problema del dualismo. Editorial Universitas. Córdoba. Argentina.
- Ccopa, P. 2018. La cocina de acogida. Migrantes andinos en Lima. Universidad San Martín de Porras. Lima
- Duch, Ll. 2012. Religión y comunicación. Fragmenta editorial: Trota. Barcelona
- INEI. 2018. Encuesta dirigida a la población venezolana que reside en el país (Enpove) 2018. Lima. Perú
- Lash, S. 2005. Crítica de la información. Amorrortu. Buenos Aires
- Latour, B. 2008. Reensamblar lo social: Una introducción al actor-red. Manantial. Buenos Aires.
- Le Breton, D. 2010. Antropología del cuerpo y modernidad. Nueva visión, Buenos Aires.